

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2011**

**TEMA GENERAL:
EXPERIMENTAR, DISFRUTAR Y EXPRESAR A CRISTO**

Mensaje diecinueve

En Romanos

(3)

El Emancipador y Aquel que nos hace más que vencedores

Lectura bíblica: Ro. 8:2, 31-39

I. Podemos experimentar, disfrutar y expresar a Cristo como nuestro Emancipador, la ley del Espíritu de vida—Ro. 8:2:

- A. El disfrute de la ley del Espíritu de vida mencionada en Romanos 8 nos conduce a la realidad del Cuerpo de Cristo mencionado en Romanos 12; esta ley opera en nuestro interior mientras nosotros vivimos en el Cuerpo y a favor del Cuerpo—8:2, 28-29; 12:1-2, 11; Fil. 1:19.
- B. Toda especie de vida posee una ley e incluso es una ley; puesto que la vida de Dios es la vida más elevada, la ley de dicha vida es también la más elevada—cfr. Jn. 1:4-5; 12:24; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45.
- C. El Dios Triuno fue procesado por medio de la encarnación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión para llegar a ser la ley del Espíritu de vida instalada en nuestro espíritu, la cual es una ley “científica”, un principio automático; éste es uno de los descubrimientos más grandes y uno de los asuntos más importantes que han sido recobrados en la economía de Dios—Ro. 8:2-3, 11, 34, 16.
- D. La ley del Espíritu de vida es el poder espontáneo de la vida divina; es la característica natural de la vida divina y su función innata y automática—12:2; Fil. 2:13; Ez. 36:26-27; Pr. 30:18-19; Is. 40:28-31; He. 12:2a; Fil. 4:13; Col. 1:28-29.
- E. Mientras nos mantenemos en contacto con el Señor, contactándolo continuamente, la ley del Espíritu de vida opera en nosotros de forma automática, espontánea y sin ningún esfuerzo de nuestra parte:
 - 1. Debemos dejar de luchar y esforzarnos—Gá. 2:20a; Ro. 7:15-20:
 - a. Si no hemos visto que el pecado es una ley y que nuestra voluntad jamás podrá vencerla, estaremos atrapados en Romanos 7; jamás llegaremos a Romanos 8.
 - b. Pablo quiso hacer el bien una y otra vez, pero el resultado de ello fue un fracaso tras otro; lo máximo que el hombre puede hacer es tomar resoluciones—7:18.
 - c. Cuando el pecado está inactivo en nosotros, es simplemente el pecado, pero cuando lo despertamos al querer hacer el bien, éste se convierte en “el mal”: “Queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está conmigo”—v. 21.
 - d. En vez de querer hacer el bien, debemos poner nuestra mente en el espíritu y andar conforme al espíritu—8:6, 4; Fil. 2:13.

2. Debemos cooperar con el Dios que mora en nosotros y ha sido instalado en nuestro ser, y opera interiormente de forma automática, al orar y al tener una actitud de dependencia, lo cual nos permite mantener nuestra comunión con el Señor de vida y con el Señor de la obra—1 Ts. 5:17; Ef. 6:17-18.
 3. Debemos atender al sentir de vida en nuestro espíritu, a fin de permanecer en la comunión de vida, el fluir de la vida divina, de modo que la ley del Espíritu de vida pueda operar—Ro. 8:6, 16; 1 Jn. 1:2-3, 6-7.
- F. La clave para vivir y servir en el Cuerpo de Cristo estriba completamente en la ley del Espíritu de vida, la cual opera en nuestro interior:
1. A fin de hacernos Dios en vida, en naturaleza y en expresión, mas no en la Deidad, moldeándonos a la imagen del Hijo primogénito de Dios, de modo que lleguemos a ser Su expresión corporativa—Ro. 8:2, 29.
 2. A fin de constituírnos miembros del Cuerpo de Cristo que ejercen una diversidad de funciones—Ef. 4:11-12, 16.
- G. Podemos cooperar con el Dios Triuno que opera interiormente como la ley del Espíritu de vida al “activar el interruptor” de esta ley de las siguientes maneras:
1. Debemos andar conforme al espíritu, es decir, vivir en el espíritu—Ro. 8:4, cfr. Sal. 23:3:
 - a. El secreto para experimentar a Cristo es estar en Aquel que nos reviste de poder para hacer todas las cosas, y el secreto de estar en Él es estar en nuestro espíritu—Fil. 4:12-13, 23.
 - b. Vivir en Cristo en términos prácticos es vivir en nuestro espíritu; en el libro de Romanos el apóstol Pablo recalca que todo cuanto somos (2:29; 8:5-6, 9), tenemos (vs. 10, 16) y hacemos para Dios (1:9; 7:6; 8:4, 13; 12:11) debe hallarse en nuestro espíritu:
 - (1) A fin de vivir en nuestro espíritu, debemos apartar tiempo para contemplar al Señor, orando para tener comunión con Jesús y ser bañados a la luz de Su rostro, a fin de ser saturados de Su belleza e irradiar Su excelencia—2 Co. 3:16, 18; Sal. 27:4; cfr. Mt. 6:6; 14:23; Éx. 33:11a; 34:4, nota 2.
 - (2) A fin de vivir en nuestro espíritu, debemos orar sin cesar—1 Ts. 5:17; cfr. Jn. 20:22; Lm. 3:55-56; Ro. 10:12-13.
 - (3) A fin de vivir en nuestro espíritu, debemos permanecer en la comunión de la vida divina para andar en la luz divina—1 Jn. 1:2-3, 6-7.
 2. Debemos poner la mente en las cosas del Espíritu, es decir, poner la mente en el espíritu—Ro. 8:5-6:
 - a. Debemos estar atentos a nuestro espíritu, al prestar atención al sentir de nuestro espíritu, a fin de no contristar ni apagar el Espíritu—Mal. 2:15-16; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19.
 - b. Debemos poner nuestra mente en el espíritu al poner la mente en las palabras de Dios, las cuales son espíritu y son vida—Jn. 6:63; Is. 55:8-11.
 - c. Poner nuestra mente en el espíritu, esto es, poner la mente en las cosas del Espíritu, también equivale a ser uno con el Señor al cuidar de la iglesia y de todos los santos con el entrañable amor de Cristo Jesús—Fil. 2:21; 1:8.
 3. Debemos hacer morir por el Espíritu los hábitos de nuestro cuerpo—Ro. 8:13; Zac. 4:6; Gá. 5:16:
 - a. Debemos permitir que el Espíritu habite y resida en nuestro ser interior—Ro. 8:9, 11.

- b. Debemos permanecer en la vida de iglesia, donde el Dios de paz aplasta a Satanás bajo nuestros pies—16:20; 12:1-2, 11.
- 4. Debemos ser guiados por el Espíritu como hijos de Dios—8:14:
 - a. Ser guiados por el Espíritu es estar atentos a la unción interior, al Espíritu compuesto que mora, opera y actúa en nosotros—1 Jn. 2:20, 27.
 - b. Ser guiados por el Espíritu es estar atentos al reposo en nuestro espíritu, siendo guiados como cautivos en la procesión triunfal de Cristo—2 Co. 2:12-14; 7:5-6.
- 5. Debemos clamar al Padre en el espíritu de filiación—Ro. 8:15; Gá. 4:6:
 - a. Cuando clamamos “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15), “el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (v. 16).
 - b. Clamar “¡Abba, Padre!” expresa lo dulce que es la relación íntima que tenemos con nuestro Dios—cfr. Mt. 18:3.
- 6. Debemos gemir en el Espíritu intercesor por nuestra plena filiación, que es la redención de nuestro cuerpo—Ro. 8:23, 26-27:
 - a. En nuestro gemir el Espíritu también gime, intercediendo por nosotros.
 - b. El Espíritu intercesor ora por nosotros, pidiendo que seamos conformados a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios—vs. 28-29.

II. Podemos experimentar, disfrutar y expresar a Cristo como Aquel que nos hace más que vencedores—v. 37:

- A. Debemos amar a Dios y ser constreñidos, restringidos, motivados, forzados, impelidos e impulsados por el amor de Cristo para ser más que vencedores en todas las cosas—vs. 31-39:
 - 1. Al amar a Dios, nosotros participamos de todas las riquezas que están en Dios—1 Co. 2:9-10; 2 Ti. 3:2-4.
 - 2. Debemos permitir que el amor de Cristo nos constriña a fin de amar a Dios y a los santos con Cristo como nuestro amor—2 Co. 5:14.
- B. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”—Ro. 8:31; Jer. 31:31-34; He. 8:8-10:
 - 1. “Haré con ellos un pacto eterno: que no desistiré de hacerles bien, y pondré Mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí. Yo me alegraré con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en esta tierra en verdad, con todo Mi corazón y con toda Mi alma”—Jer. 32:40-41.
 - 2. Este pacto eterno es el nuevo pacto; es por este pacto que Dios no se apartará de nosotros y nos plantará en Cristo, nuestra buena tierra, y Cristo en todos Sus aspectos será adquirido por nosotros, esto es, será ganado por nosotros al pagar el precio requerido para olvidar todo lo que queda atrás e ir en pos de Cristo—vs. 40-44; Fil. 3:8-14.
- C. Dios nos da gratuitamente todas las cosas con Cristo; para los que le amamos, todas las cosas, todas las personas y todas las circunstancias redundan en nuestro perfeccionamiento—Ro. 8:28, 32; 1 Co. 3:21-22.
- D. Cristo, después de morir por nosotros y ser resucitado, intercede por nosotros a la diestra de Dios—Ro. 8:34:
 - 1. En el versículo 34 Cristo está a la diestra de Dios; sin embargo, en el versículo 10 Cristo ahora está en nosotros, en nuestro espíritu—2 Ti. 4:22; cfr. Jn. 1:51; Gn. 28:11-22.

2. En Romanos 8:34 Cristo es el que intercede por nosotros, pero en el versículo 26 el Espíritu es quien intercede:
 - a. Éstos no son dos intercesores, sino uno solo, el Señor Espíritu—2 Co. 3:18.
 - b. Él intercede por nosotros en los dos extremos: en un extremo es el Espíritu que está en nosotros, probablemente iniciando la intercesión en nuestro favor; en el otro extremo es el Señor Cristo quien está a la diestra de Dios, probablemente completando la intercesión por nosotros, la cual debe ser principalmente que seamos conformados a Su imagen e introducidos en Su gloria.
- E. Ningún sufrimiento, es decir, ninguna tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada, nos separará del amor de Cristo—Ro. 8:35.
- F. En todos los sufrimientos somos más que vencedores por medio de Cristo que nos amó—v. 37:
 1. Debido al amor inmutable que Dios nos tiene y al hecho de que Cristo ha efectuado todo a nuestro favor, ni la tribulación ni la persecución pueden oprimirnos ni derrotarnos; más bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó.
 2. El amor de Dios es la fuente de Su salvación eterna; este amor, del cual nada puede separarnos, está en Cristo y ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo—vs. 38-39; 5:5; Jer. 31:3.
 3. En la salvación de Dios, el amor de Dios ha llegado a ser el amor de Cristo, el cual realiza por nosotros muchas cosas maravillosas por medio de la gracia de Cristo hasta que Dios termine en nosotros Su salvación completa—Ro. 8:35; Os. 11:4.
 4. Estas cosas maravillosas incitan al enemigo de Dios a atacarnos con toda clase de calamidades; no obstante, debido a que respondemos al amor de Dios en Cristo, estos ataques han llegado a ser un beneficio para nosotros—Ro. 8:35-36, 28.
 5. Así que, somos más que vencedores en todas nuestras aflicciones y calamidades—v. 37.